APÁTRIDA

Seudónimo del autor: ORBE

Cuando mi padre nos llevó a vivir al país vecino, yo era adolescente queriendo ser igual entre iguales. Terminé de crecer siendo un extraño y vagamente añorando lo que se supone que fui, hasta que un día regresé a esa tierra que dejé y descubrí que también allá, soy un extraño.

Me sedujo con escepticismo el canto de sirena de la historia, acariciando la idea de ser parte de ese gran país que antes fueron el de mi origen y el de acogida. No llené el vacío. Estuve entretenido exhumando y volviendo a sepultar historias donde evidentemente faltaban páginas y otras en cambio, aunque falsas se repiten hasta el cansancio. Nunca me gustó la historia, pero en los relatos, con difuntos comencé a dialogar, lejos en el tiempo, lejos en la geografía y terminé de bruces descubriendo mis raíces latinas en el imperio romano. Me perdí un tiempo en mi afinidad con aquellos años, con aquel idioma, organización, en fin. La certeza de lo remoto de aquello mantuvo el vacío aún ahí, intacto, tampoco soy de ellos.

Los vaivenes del tiempo, hicieron que mi país de origen se convirtiera en país de acogida y mi país de acogida en errante. Con la tragedia vivida por la inmensa mayoría de emigrantes, recordé la olvidada de hacía cuarenta años, cuando sentí afinidad por una minoría abandonada a su suerte en una tierra extraña, tratando de hacer lo suyo y al final haciendo cualquier cosa. También de la xenofobia. ¿Por qué a nosotros, si acogimos en su momento? se preguntan aquí. Recordé que hace cuarenta años, fue verdad la acogida, menos para los míos. Es la inmigración masiva sin control y pobre,

lo que realmente se rechaza, pensé. Sin embargo, la inmigración europea y asiática también fue masiva y pobre, sin generar fobias. Surgió una matriz de opinión de que aquellos eran mejores, más trabajadores, etc. Tanto por esa argumentación racista, como por el sentimiento de no querer aceptar que por mis venas corre sangre de segunda, no pude con la idea.

Las oportunidades nos rodean, solo debemos estar enfocados y alerta para tomarlas y que no nos pasen desprevenidamente de lado, decía un general del siglo pasado. Y esta historia no es la excepción.

Un gran tema con los progenitores siempre es hablar de tiempos pasados, de parientes que ya no están. Mi abuela reñía al abuelo por arriesgarse por extraños. Él perteneció, por los años treinta, a la Sociedad Española de Beneficencia, y como tal, hacía un largo viaje en tren hasta Cartagena para recibir los barcos de inmigrantes españoles quienes llegaban en precarias condiciones, sin conocer a nadie, habiendo ellos gastado sus escasos recursos en la travesía, habiendo sufrido violencia y pobreza en su tierra. Esta sociedad, les censaba, acogía, reubicaba y les daba el apoyo inicial. Él, veterano de guerra en el Amazonas con su prestigio habido, les conseguía trabajo y emitía cartas de recomendación como conocidos de toda la vida, entiendo el temor de ella. Vino a mi memoria la conferencia de un economista argentino sobre soluciones alternativas a la pobreza urgente en la historia, donde mencionaba a las sociedades de apoyo mutuo. Y sí, aquí todo comenzó a tomar sentido.

Existen aquí, asociaciones que actualmente conocemos como clubes recreativos. No sé si se perdió su esencia aunque sus nombres evoquen sociedades de apoyo mutuo,

parecidas a la que perteneció mi abuelo: hermandad gallega, hogar canario, casa de Italia, etc. Basta observar que los inmigrantes europeos y asiáticos terminaron más o menos en los mismos tipos de negocios y oficios. No fue así con los inmigrantes hispanoamericanos. Ambos llegaban en precarias condiciones, pero los primeros eran acogidos por estas sociedades de apoyo mutuo en los negocios de sus predecesores que terminaban replicando. Los americanos llegaban igual, pero seguían solitarios, a su suerte.

Mis nuevos connacionales, siempre fueron muy orgullosos de no considerarse emigrantes, iban, y siempre regresaban. Ahora convertidos en emigrantes, siguen los mismos patrones solitarios de la migración de mi país de origen. ¿Por qué? ¿Qué tienen los europeos y asiáticos en su historia que les llevó a crear estas sociedades y hacerles más exitosos que los nuestros? Resolver esto, me trajo a la hispanidad.

En el viejo continente son experimentados migrantes masivos históricos, por hambrunas, guerras, persecuciones, pestes. En América, no tenemos esa experiencia. Entonces, ¿por qué somos más atrasados que el resto del mundo occidental, teniendo un pasado al parecer menos hostil, más próspero y brillante?

Desempolvar esto, me rescató de mi extravío en el imperio anterior y me trajo a otro imperio, más reciente, increíblemente más vivo y más invisible en la historia. Dos historiadores uno colombiano y otra, española, de pronto se volvieron notorios hablándonos de la leyenda negra y aparecieron varios más, y más. De pronto comenzamos a recuperar la historia, donde a veces fuimos amigos y otras enemigos, y oculta sin caer en leyendas rosas, nos encontramos con una España Americana que ni

siquiera fue amiga de la España Europea, porque era una sola con ésta, además rica, referencia para el orbe. Con tantos recursos, que la emigración era prácticamente inexistente. Donde también, por la paz continuada, eran prácticamente inexistentes las fuerzas armadas regulares profesionales y que donde las había, eran principalmente para proteger las costas.

Si era un imperio bucólico ¿cómo surgieron entonces las independencias? Es lógico pensar que si la vida es razonablemente buena, no se quiera cambiar, pero sucedió. Es cierto que los acontecimientos históricos difícilmente obedecen a hitos, pero estos hitos pueden representar una acumulación de otros, desbordados por el último notorio. Y sí, hay evidencia de la lealtad de estas tierras a la corona, pero ¿cómo eso no fue suficiente para evitar las independencias? La independencia evoca la materialización de un sentimiento de identidad diferenciada entre el local y un gobierno identificado como extranjero, ajeno y hostil. Si las Leyes de Indias garantizaban los mismos derechos que a los peninsulares, ¿cómo es que nos sentimos diferentes? Otra vez, la respuesta surge de manera inesperada, tratando de entender un fenómeno en la misma península doscientos años después, los nacionalismos secesionistas. Pareciera que hace doscientos años en América se vivió un fenómeno parecido. En aquella época, como en la actual, comparten el bienestar relativo, sin embargo, el regionalismo parece tomar fuerza por sobre la afinidad española. Se entiende que las potencias extranjeras no nos quieran, lo que no es tan fácil de entender es que nosotros mismos como españoles americanos en aquel tiempo y españoles europeos actualmente, hayamos dejado de querernos, de querer nuestro gentilicio común histórico y dejado de querer nuestro gentilicio común actual.

La leyenda negra se creó y arraigó entre las potencias adversarias, pero no en nuestro imperio. Cuando la nueva dinastía toma el poder como vencedor de una contienda de más de una década, era lógico que no quisiese saber de la dinastía que le precedía, y como la historia la escriben los vencedores, esta no fue la excepción. Reescribió nuestra historia con la que ellos conocían en su tierra de origen y a partir de ese momento, la historia oficial dentro del imperio comenzó a ser la leyenda negra, rápidamente asimilada por las élites cultas de la "España americana", que cambiaron el orden por "América española". Parece lo mismo, pero no es igual; facilitando las maniobras de potencias extranjeras para terminar de romper lo que no lograron en el tratado de partición de Utrecht. Utilizando a nuestras élites como herramienta para echarle mano a la joya de la corona del imperio, a la región más rica del imperio, América. A la vez que el estilo absolutista de la nueva dinastía, y el rechazo a premiar con concesiones y fueros a territorios que como Cataluña apoyaron al contrario, les hizo abandonar la monarquía federativa que tuvo tanto éxito para mantener por siglos bajo una misma bandera a indios, asiáticos, africanos, europeos y americanos. Evitando caer en juicios, de paso injustos y presentistas, a la nueva dinastía debemos recordar que estamos unidos también en cada error y cada acierto. De la misma manera, seguramente corre por mis venas sangre de los próceres locales, y confluye en mí con la de los héroes olvidados, mis antepasados, humildes patriotas de aquella España americana, esos patriotas que perdieron ese título después de sufrir el terrible dolor de esa locura, vencidos por la secesión de la América española y por tanto olvidados. El vencedor secuestra el título de patriota. Debemos relatar sus vidas perdidas, de desarraigo, pequeñas historias de dolor sin contar. Gente que solo vivía

aquí y defendió su patria de aquellos que se dejaron seducir por la ruptura y regalarles el recuerdo prendiendo nuevamente su llama porque siguen aquí, a ambos lados del Atlántico y que sabemos que patriota no solo es el vencedor, sino el vencido aunque ya no tenga voz. Pasada la tormenta del horror vivido a manos de los hijos, que no pudieron infligirle siquiera sus enemigos de siglos se cayó en el sopor y perdimos el mundo. Que no sea tarde para darnos cuenta que ya no estamos completos y separados no lo volveremos a estar jamás. ¿Qué debemos hacer para recuperar nuestro lugar en el mundo? Las conmemoraciones aunque necesarias a hombres muertos, deben dar paso a un propósito de producir por nuestra cuenta, la religión, la ciencia y el arte que nos devuelva el orbe y gritado en Español. La letra impresa es más real que las cosas, solo lo publicado es verdadero. Como lo hicieron en su tiempo. Recordar que fuimos viajeros y debemos plantar nuestro camino como siempre lo hicimos.

Tiene la clave una filóloga sevillana cuando se le pregunta sobre las amenazas de los extranjerismos a la supervivencia de nuestro idioma. Su respuesta fue precisa, este fenómeno ha ocurrido en todos los idiomas sin representar amenaza. Ésta ocurre cuando el idioma desaparece del ámbito del saber. Y es cierto, tardaremos un tiempo en recuperar nuestra historia de aporte al conocimiento universal, lo fue descubrir y consolidar la redondez de la tierra, o ser pioneros legislando en los derechos humanos. Recuperar esta historia es importante para recuperar nuestra autoestima, pero igual de relevante es participar activamente, como afirma la filóloga, con nuestro idioma en la generación del conocimiento, como ya lo hicimos otrora. Con este propósito y esta historia conseguí mi raíz y no soy más apátrida, a por la tarea.